

MONTREAL 1989

*A través del cristal
vuela la música muerta de una gaviota
más grande que un avión.
Tan inaceptable su belleza
como escurridiza la risa de oriente
que pasó por el pasillo.
Pero mi corazón multinacional
es experto en teclas y aranceles, nunca
se pierde en los cócteles,
los ruidos que vomita realmente
una orquesta o los caprichos del metro,
y sólo tiene una historia,
una broma privada,
que se empecina en seguir propulsando
sus rechinantes motores.
Aunque no vale referir
lo que ocurre, en países lejanos
todos los árboles parecen de plástico.
Una mujer y un niño salen
de la verde espesura para hundirse
en el zumbido de la invisible avenida.
Siempre construimos de oídas,
recordamos el fondo murmurante
de la caracola, una canción
susurrada en cualquier carretera
que serpentea en la noche.
Los rascacielos se mecen en azulado silencio,
y en su interior hay un lecho al lado
de las olas en donde se estrechan
eléctricamente dos soledades mojadas.
La televisión muestra sus ronquidos
arañando la vitrina del sueño.*

BOVEDAS, PUERTAS

*Ese estruendoso grito
-de un rojo vulgar, todo mojado,
un pan de azúcar con algún plástico
elástico, por si acaso-, y estás
hablando como mero merodeador
en una caja de sorpresas,
la nariz enfrascada
en el rumor de los pliegues,
es más fuerte que la palabra ensedada,
por tímida y más aún vanidosa,
el juego de los espejos, y encebarse
en las curvas bajo la luz plateada.
No, quedan las orugas cautelosas
con sus dedos centenarios, la música
de otras frases trazando el itinerario.*

POETICA

Cortar es un arte
como otro cualquiera,
un amor, un libro o un dedo
en la sierra, y los huecos
por los que respira
el poema, esa cosa
tan tonta como un agujero negro,
un sumidero de vida,
como quien le pone marco
a la ausencia o,
con más obviedad, ornamento
de plúmbeos violines
a la lírica,
y la posibilidad de escapar dando saltos,
entre los charcos y la luz de piedra
reflejada en las miradas.
Mejor saber ser como el humo ante
los caballos del tiempo.

BERND DIETZ

Y otros ojos nacen ya de por vida
ciegos para el discurso
de un tiempo que acaricia en su paz
la serena belleza de las formas.
—M^a V. Atencia—

*Maribel Olavide, serigrafiada y grácil,
se introdujo en la clase como postal inmóvil
fascinando almanagues.*

Era lánguido y dulce

*ver el modo
de masticar los versos como chicles de fresa
mientras posaba, inmune, para silvas sin égloga
o voluptuosa
desleía el encanto violeta de las tardes
en su cutis de cera,*

tan inocentemente.

*Oscuras golondrinas
erraban en su pechos
balcón y primaveras;
a cincel de sus rimas y constancia de estatua
tallaron los sonetos una indeleble ausencia
guarnecida de rímel,
y en rosa cartón-piedra
labró el aburrimiento
el más lánguido y dulce
maniquí de la luna.
Una noche platino y en sus largas pestañas
tristeaban estrellas sonatina escarlata
cuando yo decidía
echar postal tan bella
al buzón
del
olvido*

Tal vulneradamente sensitiva y toda
macareno perfume, Amelia Novo.
Le dolían las tardes como versos violines,
pero tan blandamente como si fueran góndolas.
Bien plegada la falda para evitar arrugas,
se sentaba en el sueño primero de la clase
tan confiadamente que las normas
de ortografía se enredaban
entre los bucles negros de su pelo.
Nunca pasó de Bécquer y suspensos blanquísimos
por inventar jardines fugados de los mapas...

Hoy mujer de un frutero,
le cuelgan los otoños como una lluvia de ojos
detenidos; palomas lacias
mueren en sus pechos...

Mas yo te he preservado para siempre
en un fanal de pura y opalina nostalgia
como un rayo de luna, novia definitiva,
Amelia Novo, de una noche imposible.

Esta corporeidad mortal y rosa
donde el amor inventa el infinito.
—Pedro Salinas—

Alcé sobre su tu busto una mirada
lo suficientemente azul
para que, erguido,
soñase el alabastro luz inmune
de perfiles carnales.
Solemne y académico
formulaba con tiza
la rosa geometría de tus miembros
o, sublime, escanciaba
el licor de los versos
en el olimpo nácar de tus labios;
como un ocioso dios me columpiaba
entre las blandas dunas de tus pechos.
Una noche de enfebrecida luz
cuando las avenidas de adelfas deliraban
te fuiste para siempre
dejando en el pupitre los despojos de tu cuerpo rosa
mente letal, obscenamente puro.
Entre tus dedos
brilló como un topacio mi tristeza.
Venecia sonreía
con máscaras de Mann.

NEMESIO MARTIN